

El Bolívar que no fue. Auge y caída de Antonio Leocadio Guzmán en la política venezolana del siglo XIX¹

ROGELIO ALTEZ²
Universidad Central de Venezuela
ryaltez@yahoo.es

RESUMEN

La vida de Antonio Leocadio Guzmán tuvo un antes y un después de su condena a muerte y la conmutación de la pena. En el tiempo anterior a ello fundó el Gran Partido Liberal de Venezuela con estrategias que, claramente, antecedieron a los partidos modernos del siglo XX, incluyendo el despliegue de ese partido de la mano de un periódico, lo mismo que haría Lenin con la fundación del Partido Comunista ruso. Le llamaron Bolívar y le siguieron con la convicción que se sigue a un héroe. Decepcionó a todos y se suicidó políticamente, como sus propios compañeros le dijeran. Murió en 1847 antes de fallecer de verdad en 1884. Este trabajo sintetiza estos hechos analíticamente sobre la base de la investigación documental.

Palabras clave: Antonio Leocadio Guzmán, Partido Liberal, Venezuela, populismo.

The Bolivar who was not. Rise and fall of Antonio Leocadio Guzmán in the Venezuelan politics of the 19th century

ABSTRACT

The life of Antonio Leocadio Guzmán had a before and after his death sentence and the commutation of the sentence. In the time before he founded the Gran Partido Liberal of Venezuela with strategies that clearly preceded the modern parties of the 20th century, including the deployment of that party supported by a newspaper, just as Lenin will do with the foundation of the Russian Communist Party. They called Bolívar and followed him with the conviction which it was followed as a hero. He disappointed everyone and committed suicide politically, as his own comrades told him. He died in 1847 before actually dying in 1884. This work synthesizes these facts analytically on the basis of documentary research.

Key Words: Antonio Leocadio Guzmán, Partido Liberal, Venezuela, populism.

¹ Este artículo fue terminado en marzo de 2018, entregado para su evaluación en abril del mismo año y aprobado para su publicación en mayo de 2018. Esta investigación se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D HAR2016-77609-P, financiado por la Agencia Estatal de Investigación Española (Ministerio de Economía, Industria y Competitividad) y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional.

1. INTRODUCCIÓN: UN BICHO DE CUENTA

En 1826 Antonio Leocadio Guzmán contaría unos 20 o 25 años³. Ya por entonces se le consideraba un hombre de cuidado, o bien un “bicho de cuenta”, como lo calificó Francisco de Paula Santander⁴. Lo llamó también “atrevido, sedicioso”, aconsejando al propio Bolívar sobre el personaje: “guárdese mucho de él”. Hacia aquel año, Guzmán ya había sido editor de *El Argos*, su primer periódico. Antes asomó el filo de su pluma en *El Constitucional*, donde dejó agrias opiniones sobre Santander, siendo apenas un “imberbe”, como se llamó a sí mismo muchos años después cuando describió sus primeros pasos en la vida política. La tribuna de la imprenta, que duda cabe, fue el escenario predilecto de este incómodo sujeto que, a decir de Ramón Díaz Sánchez, ya desde muy joven “se hacía notar” en la Caracas que abría sus rincones a la república.

Ningún escritor español me ha dicho lo que me dijo en su *Argos* ese caballero Guzmán”, continuaba quejándose Santander en 1826⁵. Especialista en incordiar, algo que hacía con sobrada habilidad, contaba entre sus antecedentes haber sido detenido por Páez el año anterior luego de publicar opiniones contrarias a la recluta, aquel recurso de captación de contingentes que los ejércitos practicaron durante siglos en la cultura occidental. Una posición como ésa daba cuenta de su alma de liberal y republicano. En eso siempre estuvo claro, como su verbo, arma sutil y penetrante que todo buen político lleva consigo a donde quiera que vaya. “Ninguno de los venezolanos eminentes del siglo XIX suscitó entre sus contemporáneos opiniones tan contrastantes como Antonio Leocadio Guzmán⁶.”

Se había formado como liberal en España, enviado por su padre para salvarle de la guerra allá por 1813. Cultivó sus ideas al calor de un contexto igualmente efervescente, pues en la vida de la península corrieron entonces aires liberales con suficiente énfasis como para poner a la monarquía en remojo por un tiempo. Aunque el conservatismo retomaría las riendas en esas latitudes, el liberalismo continuó campeando; no obstante, fue en América donde esta corriente fundó las raíces más sólidas de la época.

Regresó a Caracas en 1823. Pronto buscó un lugar en aquella sociedad que aún se estaba armando a zarpazos sobre las estructuras tambaleantes de la vida colonial. Apuntó bien e hiló fino en sus cálculos. Cortejó a Carlota Blanco, huérfana protegida por la familia Bolívar junto a sus cuatro hermanas, con lo cual deslizaba su interés por acercarse al líder de mayor peso en la región y en un buen pedazo del continente. Tuvo éxito en su cometido.

Sus maniobras como periodista le enfrentaron a Páez, pero también sirvieron para que “el centauro de los llanos” lo tuviese a su lado, la mejor estrategia en tiempos de agitación pública. El joven y sinuoso Guzmán, ahora asociado con Páez, fue a dar a Perú como emisario de Caracas en medio de las pugnas que Colombia y Venezuela sostenían por el liderazgo de la novel república. Allí en Lima conoció al Libertador, momento culminante de sus maniobras por asegurarse un espacio de prestigio en la sociedad caraqueña.

Los años que pasó remontando los Andes llevando y trayendo la correspondencia del Libertador fueron igual de ondulantes que su actitud ante los intereses de Caracas⁷. Fue sospechoso de todo, y con razón. Si se le asociaba con Páez, entonces era conspirador contra la unidad colombiana; si le veían muy bolivariano, le simpatizaban las dictaduras; si hablaba mal de Santander, era odiado en Bogotá; si la emprendía contra Páez, tendría sus días contados. De vuelta en la capital de Venezuela puso tierra de por medio con estos peligros y se marchó a Maturín con Santiago Mariño, haciendo las veces de secretario y consejero del general. Con todo, Bolívar, tirano y héroe, le miraba con ternura y hasta le agradaban sus opiniones: “Este Guzmán es un excelente muchacho; tiene mucho talento”; “siempre me refiero a lo que me dice Guzmán como muy positivo”⁸. Aquel respaldo le hacía tan digno de ojerizas como intocable.

Todo esto sería embestido y aplastado por el rechazo general hacia el Libertador que campeaba en la Caracas de 1830. El inefable héroe había sido tildado de “traidor a sus juramentos” e “ingrato a su patria”, su cabeza tuvo precio (dos mil pesos) y se autorizó a “todos los ciudadanos... para matar a Bolívar”. Resueltos a “reducir todo a cenizas antes que permitir al tirano ocupar una sola aldea del sagrado territorio de Venezuela”⁹, los caraqueños marcaban su rumbo, muy lejano al de la unión colombiana, con derrotero separatista. En esa marea revuelta, Antonio Leocadio habría de sobrevivir tras bastidores, flotando entre cargos públicos que le ubicaron bajo el paraguas de los conservadores por algunos años, hasta que se apartó de las tareas institucionales durante un tiempo.

Sus ideales, ahora contenidos, se estaban macerando. A su regreso de España había entablado una sólida relación con Tomás Lander, liberal sin discusión, editor del primer periódico *El Venezolano* hacia 1823. Lander, antes que un político conspicuo, fue también un idealista acorde con su época, un intelectual que propugnaba por el liberalismo con toda convicción. Quizás fue el mejor estímulo para aquel joven Guzmán lleno de ambiciones. Cuando se conocieron, Tomás Lander ya contaba con 31 años de edad, suficiente como para ser un hombre de experiencia en la sociedad de la época.

En esa amistad se encontraban los condimentos necesarios para fundar la oposición al poder de entonces. Conjugaban el antimilitarismo y el civilismo, binomio inseparable que en esos días suponía pensar en la conducción del país a manos de “hombres nuevos”, entallados por un espíritu diferente al de los héroes perfilados por las armas. “Hombres nuevos” era la consigna de Lander¹⁰, sostenida por la utopía de un futuro de igualdades que tomara en cuenta a todos, y no solo a las élites. En torno a estas ideas convergían los agricultores, el gremio que representaba la fuerza naciente de la república, la idea cristalizada de todo cuanto podía ser imaginado como industria por aquellos días. También se sentían convocados los universitarios, los profesionales, dueños de imprentas, y todos los que ya se hallaban incómodos en esa Venezuela comandada por los herederos de las prebendas de guerra.

Las tertulias y debates, actividades propias de la intelectualidad de siempre, tornaron en reuniones con forma de asociación. Pensar diferente al poder, cuando esto tiene lugar en clases que reúnen intereses concretos, deviene en praxis. De las asociaciones a los clubes y de ahí al partido hay apenas una distancia que se mide en tiempo, el espacio necesario para planificar cómo alcanzar esos intereses. Antonio Leocadio, el dueño de la palabra que incomoda, ahora es el orador que convoca. Ha pasado la década de los años 30 masticando los entrecejos que le apuntaban desde la oligarquía conservadora. Va del brazo con Tomás Lander, y juntos entonan la voz de los liberales.

En 1838 participan en la fundación de la Sociedad de Agricultores, el gremio arrinconado por las medidas fiscales y económicas del Estado. Dos años después, en 1840, ve la luz *El Venezolano*, cuyo nombre no es una casualidad y rememora aquel impreso de Lander en tiempos colombianos. Este periódico es ya la plataforma del Partido Liberal, y será también el vehículo que haga correr las ideas por las calles de Caracas y de tantas otras ciudades. Fue la semilla de la que floreció la imprenta, a la vez que el engranaje indefectible en la estructura del partido.

2. CLUBES, PARTIDOS, PERIÓDICOS

El 24 de agosto de 1840 aparecía *El Venezolano*. No en vano su editorial llevó por título “Programa”. Descansaba allí el espíritu del Partido Liberal, que nacía junto al periódico que va impulsar su estrategia. De entrada, en esa primera página del impreso se leía “hombres nuevos, principios alternativos”. Aquello era tanto una proclama como una denuncia. Llegaron los liberales, llegó la oposición, llegó la hora de medir públicamente las opiniones políticas.

“Hombres nuevos”, como lo vimos, era la consigna de Lander; “principio alternativo” será la de Guzmán. La propuesta era clara: derrocar la clase en el poder, la misma que Gil Fortoul identificó como la “oligarquía conservadora” del siglo XIX¹¹. La conformación de la Sociedad de Agricultores en 1838, antecedente decisivo del partido, reunió nombres que representaban al pensamiento liberal de la época, pero también daban cuenta de algunos apellidos influyentes en la Caracas del trasvase independencia-república. Allí se unían a Lander y Guzmán, entre otros, Anacleto Clemente, el hijo de María Antonia Bolívar, por tanto sobrino del Libertador; Francisco Rodríguez del Toro, “el último marqués”¹²; José Laurencio Silva, casado con una sobrina de Bolívar, y Mariano Montilla, ambos ubicados junto al lecho de muerte del Libertador en Santa Marta; Vicente Ibarra, cuñado del marqués del Toro; Francisco de la Madriz, albacea de Bolívar; Manuel Felipe Tovar, con uno de los apellidos de mayor peso en la historia de Caracas desde el siglo XVII.

Solo son algunos nombres entre muchos otros. Interesa atender que junto a la coincidencia ideológica todavía se observaba la proximidad del parentesco y los vínculos entrelazados de las alianzas basadas en las convivencias sociales. Esta sociedad aún contaba estructuras vivas de los siglos coloniales que le antecedian. Todavía estaba conformada por las desigualdades fundadas en esos antecedentes, aspecto que la propuesta republicana no podría suprimir solo con la victoria de la independencia. Quedaba mucha historia por delante para que esto sucediera. El Partido Liberal viene a jugar el papel de impulsor de esas transformaciones, y aunque se levantaba de la mano de nombres y apellidos que aún daban cuenta de aquello que pretendían borrar, contaría con ellos, directa o indirectamente, para el logro de sus objetivos.

Tampoco se debe asumir que la vida republicana y las ideas liberales harán desaparecer las desigualdades. De ninguna manera. República y liberalismo, así como nación y socialismo, o bien Estado y libertad, solo son formas modernas de desigualdades difuminadas tras las ideologías propias de la modernidad. En todo caso, estas nuevas formas de desigualdades solo podrían levantarse sobre la derrota y transformación de las formas anteriores. El surgimiento del Partido Liberal en Venezuela, del mismo modo que el advenimiento del discurso liberal en otras latitudes del continente, viene a representar ese proceso de transformación, a darle impulso, a encarnar el desarrollo de esas nuevas formas. Y Antonio Leocadio Guzmán es motor y combustible a la vez de todo ello.

Motor y combustible, otras formas de la modernidad que por entonces cobraban mayor sentido y se levantaban como símbolos y materialización

del progreso, fueron también un horizonte quimérico de la era que en ese siglo entró con la fuerza demoledora de prometer futuros que se hacían por la voluntad de los hombres. Así y en ese contexto se fundaba el Partido Liberal. No es poca cosa entenderlo de esta manera. Esto es interpretativa y metodológicamente necesario. Comprender los contextos donde tienen lugar los hechos que impulsan las transformaciones resulta pertinente e ineludible. Comprender los hechos que conforman esos contextos y esos procesos, también.

En la historia de la organización política de las sociedades modernas, los partidos políticos, es decir: buena parte de la naturaleza constitutiva de estas sociedades, no resultan de procesos espontáneos ni de casualidades. Los partidos son formas de organización que reúnen intereses, objetivos e ideas que no existían antes de la modernidad. Implican la existencia de clases sociales, no solo como una manera de dividir la sociedad para comprender sus desigualdades, sino como una condición histórica y objetiva de constituir las sociedades. Las clases sociales suponen la aparición de una nueva forma de representarse como individuos y como colectivos; esto es, suponen la presencia o la ausencia de una consciencia del lugar social que representan. Cuando existe tal consciencia, tiene lugar la práctica social que persigue la satisfacción de los intereses de esa clase. A eso se le llama praxis.

Las clases parten, a su vez, del reconocimiento de esos intereses más allá de las relaciones de parentesco. En las sociedades occidentales premodernas, los intereses se asociaban al parentesco, a la genealogía, al linaje, a la condición hereditaria del poder, de los bienes y del lugar social. Esto supone el conocimiento directo de quienes comparten esos intereses. En la modernidad, los intereses identifican a las clases más allá de esta condición; se comparten entre grupos que poseen los mismos objetivos sin que necesariamente guarden una relación consanguínea o de alianzas basadas en el parentesco. Las clases se articulan con identidades abstractas, cuya práctica se ejerce como una asociación que no requiere del intercambio cotidiano ni familiar para su eficacia. La consciencia de todo esto otorga a ciertas clases la capacidad de ejecutar en su vida la satisfacción de sus intereses; la ausencia de esa consciencia produce otro tipo de clases cuya existencia no persigue la satisfacción de intereses, sino que se materializa en la reproducción de intereses ajenos. Estas diferencias tienen reflejos en la vida política que, además, van a dar en la esencia y en la práctica de los partidos políticos.

Un partido, como la etimología de su nombre lo indica, parte a la sociedad, la divide notoriamente en formas diferentes de comprender el presente, el pasado y sobre todo el futuro. El surgimiento de los partidos

fue señalado como una estrategia diabólica que separaba aquella idea de pueblo que provenía de la naturaleza de las monarquías cristianas, donde el rey es la cabeza y sus súbditos el cuerpo que debe velar por ella. Antes de la modernidad, los partidos no existían y la sociedad se representaba, con todo y la impermeabilidad de sus desigualdades, como un mismo cuerpo. Los partidos políticos, como su nombre lo sugiere, acabaron con esa idea.

El paradigma moderno condujo a nuevas formas de organización y de representación, e introdujo una variante que no tenía lugar en el Antiguo Régimen: la participación. Los partidos garantizaron la participación (simbólica, alucinatoria o directa) de quienes se figuran en las ideas que levantan sus banderas. El origen de esto se encuentra, precisamente, en el proceso de conformación de la participación, que va desde las primeras formas de asociación que conjugaron ideas diferentes al poder monárquico, hasta la aparición de los partidos en sí mismos. Esas primeras asociaciones tienen lugar en la Europa del siglo XVIII y se llamaron *clubes*.

Del mismo modo que la ciencia no poseía una responsabilidad social antes de la Revolución Industrial¹³, el pensamiento político no se constituyó como una oposición práctica contra el poder hasta el advenimiento de la modernidad. Los clubes fueron el embrión de la crítica y la semilla de las ideologías modernas. No existieron de esta manera sino hasta finales del siglo XVIII. En la primera edición del *Diccionario de Autoridades* no consta ninguna entrada con ese término; aparecerá en la edición de 1767: “tertulia, o junta de personas con gusto”¹⁴. En 1837, esa entrada resulta elocuente: “Junta de individuos de alguna sociedad política clandestina”¹⁵.

Los clubes, más tarde partidos, debieron organizarse internamente para funcionar políticamente. Desde adentro se constituían democráticamente y por reparto de tareas. Hacia afuera, necesitaron de mecanismos y estrategias que les permitiesen llevar la convocatoria más allá de sus “tertulias”. Esa difusión de las ideas, esa forma moderna de construir la opinión pública, tuvo como vehículo de propagación a los periódicos: “¿Qué es un periódico? Un club que se esparce. Un periódico obra con sus lectores a manera de los oradores del club sobre su auditorio”¹⁶. Los pasos que van de la propagación a la propaganda quedarán en manos de la política, la forma característica del poder en la modernidad.

“Necesitamos un periódico que sea indefectiblemente un órgano político. (...) Sin él, nuestra tarea, la tarea de concentrar todos los elementos de descontento político y de protesta (...) es totalmente irrealizable”¹⁷. Como lo entendió Lenin medio siglo más adelante, Guzmán lo tendría claro en 1840. El periódico, que muy pronto se conjugará en un significativo

plural nacional, será el órgano del partido, la herramienta necesaria para la transformación política e ideológica de la sociedad venezolana del siglo XIX.

3. AUGE Y EFERVESCENCIA

La Sociedad de Agricultores fue una asociación de intereses de clase. El Partido Liberal llevará esos intereses mucho más allá y articulará otras clases. Esto tenía lugar, con la forma moderna de la participación política, por primera vez en la historia de la joven república. Aun cuando los apellidos reunidos en torno al objetivo de derrocar a la oligarquía parecían ser los mismos de siempre, la presencia de Guzmán resumía la nueva realidad histórica: gente sin abolengo que podía participar en el juego político¹⁸.

La labor de *El Venezolano* tendría efecto muy pronto. En su primer año, apenas tuvo dos agencias, la de Caracas y la de La Guaira. En 1843, dos años después, contaba con 31 agencias que ya ocupaban casi todas las latitudes del país. En toda su vida, el periódico sumó hasta 45 agencias¹⁹.

En cada capital de provincia, en las cabeceras de casi todos los cantones importantes, y aun en muchas parroquias, hay un agente de *El Venezolano*... Es imposible que deje de saberse con mucha facilidad en cualquier pueblo de la República quién es el agente en él o el más inmediato ya por notoriedad, y ya porque es muy fácil preguntarlo a cualquier suscriptor que necesariamente lo ha de saber²⁰.

El crecimiento del partido fue directamente proporcional al crecimiento del liderazgo de Guzmán. Partido y líder, prensa y política, sociedad e ideología, todos se transformaron en el mismo proceso. Innumerables fueron los periódicos que siguieron a *El Venezolano* de la mano de la multiplicación del Partido Liberal en el país²¹. Junto a ellos estaban dos publicaciones que, aunque aparecen en los últimos años de vida de *El Venezolano*, tendrán una influencia significativa en los hechos políticos del momento cumbre del liderazgo de Guzmán: *El Republicano* (Barcelona) y *El Patriota* (Caracas). El primero redactado por Blas Bruzual y el segundo por Felipe Larrazábal. Lo más significativo de todo esto es que esos periódicos aparecían en esa coyuntura, bajo el estímulo del impulso que Antonio Leocadio le había dado a la prensa liberal con su proyecto de partido.

El impacto del Partido Liberal trasciende la mera escena política. Es también un impacto social. Por primera vez desde que Venezuela se había conformado como república independiente, la sociedad se congregaría en torno al liderazgo civil. Si la aparición de líderes civiles no es obra del partido,

sí es indicador de que aquella sociedad no se hallaba enteramente volcada hacia el militarismo como norte. Al menos da cuenta de que no todos pensaban que el destino del país, insoslayablemente, debía estar manos militares.

Con todo, la habilidad de Guzmán estuvo en identificar un sector de la sociedad que, como siempre, no había sido atendido por la oligarquía del poder: el *pueblo*. No era necesario inventarlo porque estaba allí, pero el invento estuvo en darle un lugar, una identidad. Antonio Leocadio entendió esto y utilizó al pueblo como la mejor arma contra esa oligarquía a la que él mismo comenzaría a llamar, como si hubiese otra forma de hacerlo, “conservadores”. Los liberales, qué duda cabe, eran lo que estaban de su lado.

Para enfrentar al poder conservador Guzmán creó un recurso que, con sus transformaciones y resignificaciones, todavía existe en esta sociedad: el bolivarianismo. El culto a Bolívar ya existía, pero no como ideología. Guzmán hará de Bolívar el héroe perfecto con el que arrinconó a Páez. Ya habían pasado aquellos años cuando el Libertador tenía precio a su cabeza. El tiempo dispuso su amenaza y los vencedores de la separación de Colombia no se preocuparon más por defenestrarlo. Pero su figura ya era mítica en vida, y en el comienzo del Partido Liberal junto a la palabra sagaz de Antonio Leocadio, Bolívar volvería, literalmente.

En el propio 1840, a poco de lanzado el partido y el periódico, la celebración del onomástico de Bolívar en la universidad estuvo en manos de civiles. José María Vargas, Juan Vicente González y el propio Guzmán fueron los oradores. Coincidió esto con la voluntad de María Antonia de repatriar los restos de su hermano, y así sucedió en 1842. Fue una apoteosis bolivariana, y Páez no tuvo más remedio que bailar al ritmo del héroe que ya no le amenazaba en campaña, sino como símbolo. “Por él, por la patria, por el mundo, por nuestro propio honor, concurrimos a llevar el gran deber de Caracas, la sagrada obligación de Venezuela. La posteridad sabrá que nosotros hicimos la última guardia al Padre de la Patria”²².

La fragua del liderazgo de Guzmán se hace al calor de su tribuna. Fustigó al gobierno por todos los flancos y se alzó como un “prócer civil”. Convirtió toda denuncia pública en causa común, y daba lo mismo atacar al Banco Nacional por no pagar impuestos que señalar la falta de aseo en las calles. Todo se capitalizaba en beneficio de su nombre y del partido. Cuando la emprendió contra el banco acabó enjuiciado por difamación, y el 9 de febrero de 1844 fue llevado ante la justicia. Para ese momento, Antonio Leocadio Guzmán ya era el líder de las masas, una figura que no existía políticamente en la sociedad de entonces. Había convertido al pueblo, a los “sin camisa” que tanto nombraba en el periódico, en el destino

de su discurso y de la práctica partidista. Había inventado el populismo, y con ello los grupos de presión. En fin, había creado la política moderna antes del siglo XX.

El día del juicio una multitud rodea el tribunal cerca de las 11 de la mañana: “¡Muera el Jurado, muera la oligarquía!”

Más de mil vagabundos y jornaleros, en tumulto, rechazan a la guardia y sacan cargado a su comandante (...). Empezó su defensa el Sr. Guzmán y muy al principio los vítores de la multitud de espectadores y aun las voces alarmantes de ‘el pueblo lo quiere, el pueblo lo ama’, le sugirieron sin duda la medida de llamar al orden, repitiéndose las mismas faltas hasta por tercera vez y también sus apercibimientos de proceder contra los autores (...). Inmenso número de los concurrentes se agolpó al zaguán para impedir la entrada de la escolta (...). Se encontraban más de dos mil personas armadas...²³

Al final de su vida, Páez rememoraría la escena y afirmaría que los tumultuosos también gritaban “mueran los inquisidores, mueran los opresores”²⁴. La presión superó al jurado que acabó absolviendo al sentenciado. *Los Ayes del Pueblo*, uno de los periodiquillos que aleteaban en torno a *El Venezolano*, sentenció: “El liberalismo es hoy nacional. No se equivoquen los que mandan”²⁵.

La descripción de Páez en su *Autobiografía* parece un anuncio antes que un recuerdo: “Habíase iniciado en Venezuela la era de los desórdenes, del derecho del populacho armado a derrocar las leyes e ingerirse en las deliberaciones del poder judicial”. La miel del triunfo enjugaba el espíritu de Antonio Leocadio. Fue allí cuando se le empezó a llamar “prócer”, puesto que, como recordaba Páez, “la turba lleva a éste en triunfo prodigándole el título de Segundo Libertador y atacando con piedras las casas de los ciudadanos de opiniones contrarias a las suyas”²⁶.

Volvería a suceder algo similar en 1845 ante la amenaza de detener nuevamente al incómodo editor. La “turba” de la que hablaba Páez se agrupó una vez más, ahora frente a la Casa de Gobierno, y aunque nada sucedió, se marcharon vitoreando a Guzmán: “¡Viva la libertad! ¡Viva el segundo Bolívar!”. El Partido Liberal ya era un gigante que había hecho gigante a su líder, o viceversa. Hacia ese mismo año, solo en la Provincia de Caracas, el partido contaba con 46 sociedades liberales en funciones. En la de Cumaná alcanzó 21 sociedades, y en la de Barcelona 20. Hubo sociedades liberales también en Barinas, Carabobo, Barquisimeto, Guanare, Guayana, Apure y Coro. Juntas conformaron el *Gran Partido Liberal de Venezuela*²⁷. Como

Bolívar, este prócer también había conjugado enemigos, y pronto se las vería con ellos, algo que va a costarle el liderazgo y el partido mismo.

4. CAPTURA Y EXTRAÑAMIENTO

En 1845 Antonio Leocadio Guzmán decide dedicar más tiempo a su vida política. Cierra *El Venezolano* y en su penúltimo número, el 20 de mayo, deja un mensaje: “saber callar a tiempo es más que saber hablar”. Los acontecimientos del 9 de febrero de 1844 y de ese mismo año ante la Casa de Gobierno le indicaban que podía aspirar a más. No contó entre sus cálculos con que toda la simpatía que había levantado en los años de fragua del partido alimentó igualmente el desprecio que le proferían sus enemigos. En eso erró.

Teniendo al pueblo y a los sin camisa como objeto de su discurso, le resultó sencillo enfilarse hacia a esa mayoría de la sociedad que, todavía en los estertores de las estructuras coloniales, se conmovía cuando era convocada en su condición de discriminada. Cambió el estilo de la palabra y se engolosinó con su baño de masas. Se volvió procaz y agresivo, quizás buscando una identificación más llana con el “tumulto”. Tampoco tuvo en cuenta que la masa representa una situación amorfa, moldeable según quien la sepa manipular.

Juan Vicente González era profesor de Retórica en la universidad. Escritor fino y poeta, había acompañado a Guzmán desde un principio. Después de aquellos acontecimientos de 1844 y 1845, los liberales habían ganado el derecho a conformar el Tribunal de Prensa en el Concejo Municipal, y en la terna nombrada al respecto González no fue tenido en cuenta. Herido en su orgullo se pasó al otro bando. Ahora es el furibundo contrincante de Guzmán; se la juró y habría de cobrarla.

Regordete, Juan Vicente fue objeto de ataques despiadados desde *Las Avispas*, otro de los periódicos que había nacido a la luz de Guzmán, cuyo redactor era José Requena. “Mastodonte”, “hipopótamo”, de “olor saturnino y pies elefantiacos”, fue fustigado sin remordimientos. Juan Vicente “Gomorra”, como también le llamaron, ahora señalaba a “las masas ignorantes” que “se levantan” como “facciosos” y “guzmancistas” en tono de criminales que “predicaron a la esclavitud sus principios de anarquía y desolación”²⁸.

En efecto, más allá de Caracas, las masas que se inventó Guzmán estaban de su cuenta. En varias oportunidades, algunos grupos armados invadieron haciendas identificándose con el editor de *El Venezolano* y sembraron el pánico en diferentes lugares, como sucedió en Villa de Cura

a comienzos de 1846. Estas acciones dieron lugar a que se ejecutara la “Ley de Tumultos”, con la cual se juzgaba a los delincuentes que actuaban de esta manera. “Pandemónium de gente sucia, de garrote y puñal” llamaba González a estos revoltosos, mientras desde el ala liberal señalaban a estas medidas como “órdenes inicuas y arbitrarias de nuestros cobardes jefes”²⁹. Todo se iba caldeando peligrosamente.

Una de las razones por las que Juan Vicente se separó de Guzmán estribaba en la irritación que le causaba el proselitismo del líder liberal. Le inquietaba la proximidad de una guerra civil, de un levantamiento armado por parte del “pueblo”. “Yo no canto la guerra civil -decía-, sino la lloro... esta guerra civil es una guerra social”³⁰. En 1846, cuando Antonio Leocadio sea el candidato del Partido Liberal en las elecciones de ese año, los hechos darán la razón a su moftetudo rival.

La candidatura de Guzmán hizo flotar la esperanza del segundo Bolívar. Por todas partes el pueblo se entregó a los desmanes del saqueo y el robo de haciendas, ahora abiertamente en nombre de su líder y del partido. “El pueblo lo es todo”, se leía en el último número de *El Venezolano*, mientras el país se ahogaba entre el descontrol y la respuesta armada del gobierno. En estas circunstancias, se acordó una entrevista entre los sujetos que representaban ahora las dos partes de la sociedad que habían aflorado a la vuelta del efecto ideológico de la aparición del Partido Liberal: Páez y Antonio Leocadio pactaron reunirse en Maracay para resolver la situación.

Camino al encuentro, las turbas que le apoyaban izaban carteles que decían “Candidato liberal, el ciudadano Antonio Leocadio Guzmán, Redactor de *El Venezolano*”. Hubo asaltos a haciendas al grito de “muera la oligarquía” en Yuma, El Pao, Magdaleno, Cura, Tejerías, Los Guayos, Tacarigua, Curiepe, Higuerote, El Consejo, Charallave y Guardatinajas. En Yuma se encontraba la hacienda de Ángel Quintero, uno de sus más aciagos detractores y consejero de Páez. Los facciosos le prendieron y asesinaron a machetazos. Luego saquearon la propiedad.

La escena se repitió en muchos otros lugares con la misma característica bajo consignas como “Viva Guzmán, viva la libertad y vivan los esclavos libres”. Aseguraban que iban de camino a Charallave, a una “reunión de liberales”. El 3 de septiembre entraron en La Victoria con Guzmán al frente protegido por una guardia a caballo de más de treinta hombres armados, mientras una masa de gente de a pie, también armada, marchaba por las calles blandiendo “toda especie de armas” y azuzando al pueblo. Formaban “de cuatro en fondo” y se hallaban obedientes a la voz de mando³¹. A los conservadores no les quedaba duda, se trataba de una conspiración.

Juan Vicente González lo tuvo claro y desde *El Diario de la Tarde* denunció el asunto como una revolución. Tanta convicción en contra del principal sospechoso le hizo ganar el cargo de Jefe de Policía de Caracas, y en sus manos estuvo la tarea de atrapar al conspirador. En descargo del líder liberal hay que tener en cuenta que todo aquello también le escandalizó. Debió sobre las circunstancias con el general Mariño, quien le acompañó en la iniciativa de la entrevista, y estando allí en La Victoria decidió regresar a la capital. Pensó en “evitar males públicos y beneficiar a la Patria”. Dio la media vuelta, y junto a él muchos otros de los líderes tumultuarios, entre quienes se hallaba, vaya antecedente, Ezequiel Zamora.

Zamora y sus hermanos, así como varios de los principales dirigentes del Partido Liberal fueron apresados en ese regreso. Pesaban órdenes de captura contra los conspiradores, encabezados por Guzmán. No fue apresado en ese momento y se entendió que estaba huyendo de la justicia. Una orden expresa para atrapar al candidato fue expedida el 21 de septiembre de 1846 y el encargado de ejecutarla era el Jefe de Policía, Juan Vicente González. Por fin le atraparon en una casa cerca de la esquina de Traposos, hallándole escondido en una cocina, “acuclillado perfectamente en una cavidad elaborada al efecto”³². Marchó con cargos de asonada y conspiración, fue juzgado en octubre de ese mismo año. El 6 de mayo de 1847 acaba siendo sentenciado a muerte por encontrarle “conspirador de primera clase”.

Se salvó en última instancia, cuando le dejaron hablar. González se había asegurado de que el reo estuviese incomunicado, y a pesar del éxito en su intención, no pudo impedir que, luego de sentenciado, tomase la palabra en su defensa. Llamó “calumnia” a la acusación y aclaró:

Mi residencia era en Caracas: nueve sociedades liberales, había en la ciudad, la que menos con trescientos miembros: más de ochocientos tenía la de La Guaira: casi iguales las había en los Cantones de Petare, Guarenas, Santa Lucía, Ocumare y La Victoria; es decir, que un radio de veinte leguas a lo sumo, me rodeaban en trabajos políticos eleccionarios, que teníamos y tengo por muy legales, más de seis mil compañeros. Pues bien, Excelentísimo Señor, sólo yo estoy preso y juzgado por conspirador? O no hubo tal conspiración, o no hay tal justicia³³.

La Corte Suprema de Justicia revisó el caso después de estas declaraciones y decidió suspender la ejecución. José Tadeo Monagas, entonces presidente, consideró que “la existencia de éste en el país, aunque sea en un presidio, sería peligrosa a la tranquilidad pública”, y optó por conmutar

la pena de muerte por el destierro perpetuo³⁴. El 12 de junio de 1847 fue embarcado en la goleta *Resolución* con destino a Curazao para no regresar nunca más a su país.

5. LA MUERTE POLÍTICA

La decisión de Monagas fue una jugada estratégica. Captó con claridad que las masas seguían con delirio a este publicista que en tan pocos años levantó a los “sin camisa” tras de sí. Blas Bruzual, redactor de *El Republicano*, diría con acierto: “El Presidente ha salvado la vida a Guzmán, pero le ha arrebatado el partido”³⁵. Mientras tanto, los liberales, ahora agradecidos con su salvador, hallaron al líder que estaban buscando. Monagas, además, llamó a varios miembros del Partido Liberal a conformar el gobierno, dejando a los conservadores revolcados en su rabia.

A poco de todo esto, esos conservadores intentaron juzgar al presidente. Le endilgaron atribuciones indebidas por darle tanto aliento a los connotados conspiradores. El 24 de enero de 1848, Monagas se aprestaba a dar informe al Congreso por sus acciones, y a la sazón envió a Tomás José Sanabria, uno de los fundadores del Partido Liberal y ahora su Ministro del Interior, para que lo leyera ante los diputados. La tensión general desbordó el ambiente y los congresistas se abalanzaron sobre Sanabria desatando un caos.

Entre tiros, sables y machetazos, la misma poblada que había seguido a Guzmán, ahora se lanzó a defender a su nuevo líder, Monagas. “Fue un día de juicio”, escribía Ramón Goiticoa desde La Guaira al desterrado³⁶. Los diputados conservadores “se arrojaron por los balcones, tejados y alturas asombrosas, de lo cual han quedado estropeados un número considerable.” No podía faltar el comentario sobre “Tragafote”, otro mote de J. V. González, sobre quien decía “se arrojó por el común de San Francisco y se cree que por la cloaca que pasa por la cantina de su casa, se había refugiado en ella; si ha podido superar el aroma franciscana”.

Entre Monagas, Mariño y Bruzual contuvieron la turba, en un gesto que dejaba claro que los liberales se reservaban la ascendencia sobre el “pueblo”. Goiticoa escribió esa carta con todo detalle, pero lo más resaltante se hallaba en el encabezado: “Mi querido Bolívar”. El cierre de la misiva también resumía el espíritu del momento: “¡Viva Bolívar!!! ¡Vivan la Constitución, Monagas y los libres!!!!” El fiel liberal guaireño le escribió varias veces, día tras otro, aguardando respuestas y sobre todo su retorno. Le comentaba de “Bolivita”, su hijo que décadas después alcanzará la presidencia, y hasta se esmeraba asegurando que, a su llegada en el puerto, “tendré el cuidado

de poner un cajón para que sirva de tribuna. Cuando pasen los primeros desahogos populares, debes decir algo en el muelle”.

Antonio Leocadio no llegó. En vano le esperaron y de nada sirvieron otras cartas enviadas por gente con mayor peso en el partido. El 15 de febrero de 1848, sus compañeros liberales le escribieron una inusitada carta múltiple, redactada y firmada por varios en el mismo papel³⁷. Allí Manuel Larrazábal le aseguró la confianza en Monagas y que nada le pasaría al llegar; de paso le comentaba que “es un enigma la tardanza de U al frente de su partido”, y agregaba que “todo se vuelve conjeturas, presunciones” sobre su ausencia. “No se suicide U en política, no pierda esta solemne ocasión”. La carta era un ruego: “Por Dios... véngase, véngase, véngase cuanto antes a Venezuela”.

Blas Bruzual le escribiría con un tono más grueso: “Estoy absorto con la conducta de U, pues cuando le esperábamos para que U nos ayudara a ‘vengar’ a U mismo he sabido que U no tiene el valor necesario para venir a cooperar en la defensa de la patria y en su propia venganza”. Le agregaba que junto al redactor de *El Torrente*, Estanislao Rendón, “estamos avergonzados, y quisiéramos que no se hablase de U más.” Se despedía diciendo “Si U no se viene inmediatamente, no venga más a su tierra, porque aquí no encontrará sino desprecio y odio. Adiós mi amigo”.

Requena, el redactor de *Las Avispas*, también expresó su decepción en esa carta. Tildaba de “incomprensible” la conducta del “hombre cuyo valor civil es incontestable”, pero a la vez señalaba que “no puede permanecer apartado de su patria en los momentos que más necesita de sus servicios”. Le decía, con razón, que “nos abandona en lo más crítico”. Antonio Leocadio no solo ignoró estas cartas, sino que además había negociado con Monagas a espaldas de sus compañeros. El destierro de Curazao tuvo otras condiciones, insospechadas por los liberales que imaginaban a su líder lleno de tristeza en la distancia.

6. CONCLUSIÓN: MORIR DE VERDAD

Salvar la vida a manos de un presidente no puede ser algo gratuito. Monagas sacó del medio a quien podía cambiar el rumbo de las relaciones de poder luego de que apenas comenzaba a acomodarse la república. En el negocio, Guzmán fue a dar a Curazao como Cónsul de Venezuela, y de allí regresó a Caracas hacia el mes de abril, quizás, sin avisar a sus compañeros de partido que tanto rogaron por su retorno, según indagamos por los manuscritos. En ese mismo año 1848 Monagas lo nombra Ministro del Interior, y en enero de 1849 aparece como Vicepresidente de la república³⁸. Vaya negocio.

Antonio Leocadio fue el hombre más agradecido con su salvador: “Debía a V. E. la vida; ahora le debo más”, le decía el 25 de octubre de 1848, siendo ya ministro³⁹. Su discurso del 25 de enero de 1849 como Vicepresidente es igualmente elocuente: “Como hombre, soy aquel que arrancasteis del cadalso injusto y os debo familia, bienes, honor y vida: un hombre todo vuestro”⁴⁰. Las cuentas que sacó Guzmán luego de sobrevivir a su condena debieron considerar que Monagas no habría de perdonarle dos veces. La convicción de los liberales que le esperaban para asaltar el poder estaba por debajo del valor de su vida. No fue el héroe que habían identificado los del “pueblo” ni el Bolívar que esperaba su partido. Solo fue un hombre al que se le fue de las manos lo que había inspirado.

Allá en Curazao, además, no se encontraba sumido en la desazón ni desesperado por volver, como lo imaginaron quienes clamaban por su retorno. “Sin duda ninguna, los placeres pasajeros del amor le hacen a U olvidar sus mejores amigos”, le escribían sabiendo que le anclaba a la isla algo más que la prohibición de regreso⁴¹. Guzmán cambió su vida como líder por una vida como hombre, alejado de las ambiciones que casi lo matan.

Tal como lo advirtieron en sus días de destierro, fue la muerte política de su figura. No habría de desaparecer el liberalismo del siglo XIX detrás de su mayor exponente, pero sí se transformó para siempre en esta sociedad que despuntaba por entonces en el juego de poderes que la hizo nacer como nación. El liberalismo que vendría sería el de los caudillos, el del autoritarismo; un liberalismo más perfilado hacia la práctica del poder que hacia la doctrina que defendía. Con Antonio Leocadio, los venezolanos conocieron por primera vez al populismo, estrategia que llegó y nunca más habría de irse. Guzmán inventó el pueblo de los políticos, y les dio el lugar que tendrían de una vez y para siempre: a un lado y en beneficio del poder.

En su descargo hay que decir que se adelantó a la historia de los partidos políticos por medio siglo, o más. Su estrategia de armar al Partido Liberal por medio de la prensa y sobre la plataforma de un periódico será la misma que Lenin va a utilizar cuando conforme al Partido Comunista ruso, nada más y nada menos. *La Iskra* hizo lo que *El Venezolano* habría logrado el siglo anterior. Desde entonces la teoría política reconoce a los partidos como “modernos” por su estructura, aparato y conformación. Antonio Leocadio lo había descubierto mucho antes, en 1840 y en un rincón tropical de la antigua América hispana.

La propagación del discurso a través de la prensa y la armazón del partido sobre sociedades liberales en todo el país que siguieron el mismo camino con sus periódicos locales, antecedió a la política moderna que

vendría en el siglo siguiente. No fue un visionario ni un idealista; Guzmán fue un político moderno en medio de un contexto de estructuras sociales aún coloniales. Con todo, ese contexto le devoró y lo transformó en una sombra de lo que fue a la luz de su periódico. Antonio Leocadio, aunque rescatado por la figura descollante de su hijo muchos años después, jamás volvió a arrastrar las masas como lo hiciera en esos años de periodista y líder. Los sin camisa le siguieron con su vida, hasta que hallaron otro caballo al cual seguir en su camino de servicio al poder.

Murió el dirigente aquella mañana del 12 de junio de 1847 cuando fue embarcado hacia Curazao en extrañamiento perpetuo. Volvió su fantasma, y morirá de verdad el 14 de noviembre de 1884. No fue el Bolívar que se esperaba que fuese, como no lo será nadie en adelante. Dos cosas quedaron claras con su historia: por una parte, el tamaño del pueblo le superó cuando lo tuvo en sus manos, como le ha sucedido a tantos otros; por la otra, esta sociedad ha esperado el retorno de Bolívar desde siempre, y como una alucinación insoslayable que flota sin remedio, continúa aguardando el regreso de su héroe para que le salve de aquello que él mismo fundó con sus luchas.

NOTAS

- 2 Profesor Titular y Jefe del Departamento de Etnología y Antropología Social de la Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela. Doctor en Historia por la Universidad de Sevilla (España) y Magíster en Historia de las Américas por la Universidad Católica Andrés Bello (Venezuela). Especialista en Antropología Política y en Historia Colonial de Venezuela. Premio Nacional de Historia (Venezuela) “Francisco González Guinán” (2011).
- 3 En nuestro trabajo sobre la biografía de este Guzmán (R. Altez. *Antonio Leocadio Guzmán*. Caracas, El Nacional, 2007), presentamos las discusiones historiográficas sobre las fechas probables de nacimiento del personaje, sin que ninguna sea asumida como definitiva. Según Ramón Díaz Sánchez (*Guzmán, elipse de una ambición de poder*. Madrid, Editorial Mediterráneo, 2 tomos, 1975, Antonio Joseph Zacarías, debió nacer el 5 de noviembre de 1801 (tomo I, p. 18); para José Gil Fortoul (*Historia Constitucional de Venezuela*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1942), es probable que haya nacido el 9 de diciembre de 1802; el propio Antonio Leocadio diría en el juicio que le condenaría a muerte en 1846 que “Tengo cuarenta y un años” (*Causa Célebre por su iniquidad la de supuesta conspiración del redactor de “El Venezolano” Antonio Leocadio Guzmán en 1846*. Caracas, Imprenta de La Opinión Nacional, tomo I, 1884, p. 163), lo que significa que habría nacido en 1804; en 1872, él mismo comentaría que había sido Secretario Privado de Bolívar a los 20 años (“Carta al Ministro de Relaciones Exteriores de España con fecha 23 de septiembre

de 1872”, publicada en *La Opinión Nacional*, Caracas, N° 934), de manera que, como lo veremos, si conoció al Libertador hacia 1825 o 1826, por tanto, habría nacido en 1805 o 1806. Así de esquivada es la fecha de nacimiento de este intenso sujeto.

- 4 Santander a Bolívar, Bogotá, 6 de enero de 1826, en R. Cortázar (Compilador). *Cartas y mensajes de Santander*. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1954, Volumen VI, p. 39.
- 5 Santander a Bolívar, Bogotá, 21 de abril de 1826; R. Cortázar, *Ob. cit.*, p. 281.
- 6 M. Rodríguez Campos. *Antonio Leocadio Guzmán en la economía venezolana*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1997, p. 9.
- 7 La historiografía, y muchos de sus detractores en vida, han puesto en duda su relación con Bolívar. Una breve revisión sobre el asunto en R. Altez, *Ob. cit.*
- 8 Citado así por R. Díaz Sánchez. *Guzmán, eclipse de una ambición de poder*, tomo I, p. 86 y 98, respectivamente.
- 9 “Bolívar fuera de la ley”. *El Fanal*. Caracas, 2 de marzo de 1830, p. 85.
- 10 H. Mujica. *La historia en una silla ¿Quiénes fueron los Guzmán?* Caracas, Ediciones de la Universidad Central de Venezuela, 1982, p. 64.
- 11 J. Gil Fortoul, *Ob. cit.*
- 12 I. Quintero. *El marquesado del Toro. 1732-1851. Nobleza y sociedad en la Provincia de Venezuela*. Caracas, Academia Nacional de la Historia-Facultad de Humanidades y Educación, 2009.
- 13 J. Bronowski. *El ascenso del hombre*. México, Fondo Educativo Interamericano, 1979.
- 14 *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes y sus correspondientes en las tres lenguas francesa, latina e italiana...*, por Esteban de Terreros y Pando. Madrid, Imprenta de la viuda de Ibarra, tomo Primero, 1767, p. 447.
- 15 *Diccionario de la lengua castellana*. Madrid, Real Academia Española, Imprenta Nacional, 1837, p. 789.
- 16 Napoleón Bonaparte, hacia 1796, según aparece citado en la *Enciclopedia Universal Ilustrada*. Madrid-Barcelona, Editorial Espasa-Calpe, 1921, tomo 43, p. 874.
- 17 V. I. Lenin. “¿Por dónde empezar?”, en *Obras Completas*. Madrid, Akal Editor, 1974, tomo V, p. 17. “A nuestro juicio, el punto de partida para la actividad, el primer paso práctico hacia la creación de la organización que deseamos y, finalmente, el hilo fundamental que nos permitiría desarrollar, ahondar y ensanchar incesantemente esa organización, debe ser la creación de un periódico político para toda Rusia”. Ese periódico, como sabemos, fue *La Iskra*, donde este texto apareció como editorial en el N° 4, en mayo de 1901.
- 18 Sobre la condición social de Antonio Leocadio y cómo esto influyó en las decisiones de su vida, hemos disertado anteriormente: R. Altez, *Ob. cit.*
- 19 Hemos podido deducir estos resultados de la expansión del partido a partir de la revisión de fuentes manuscritas y de los periódicos *El Venezolano*, *El*

- Barinés* y *El Eco de Barcelona*. En el caso de las fuentes manuscritas, hemos consultado la *Colección Documental Guzmán Blanco*, en la Sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional (CDGB), y la Sección *Interior y Justicia* del Archivo General de la Nación (AGN).
- 20 “Elecciones!”. *El Venezolano*. Caracas, 12 de abril de 1842, N° 104, p. 2.
 - 21 Algunos de ellos, con nombres que invitan a la confrontación, resultan elocuentes: *El Agricultor* (Caracas), *El Elector* (Caracas), *El Industrial* (Caracas), *Los Ayes del Pueblo* (Caracas), *El Sin Camisa* (Caracas), *Las Avispas* (Caracas), *Gargantúa* (Caracas), *El Trabuco* (Caracas), *El Constitucional* (Caracas), *El Registro Mercantil* (Caracas), *Este es el Hombre* (Caracas), *La Noche Buena* (Caracas), *La Flor de Marzo* (Caracas), *El Museo* (Caracas), *El Relámpago de Marzo* (Caracas), *El Laberinto* (Caracas), *El Telégrafo* (Caracas), *El Progreso* (Caracas), *El Caurimare* (Petare), *El Caminante* (Petare), *El Progresista* (Guanare), *El Mensajero* (Guanare), *El Independiente* (Barquisimeto), *La Gaceta de Carabobo* (Valencia), *El Diario* (Valencia), *La Verdad* (Valencia), *El Eco del Pueblo* (Valencia), *El Pueblo Soberano* (Valencia), *El Observador de Coro* (Coro), *El Tribuno* (Cumaná), *El Torrente* (Cumaná), *La Miscelánea* (Barinas), *El Barinés* (Barinas), *El Filántropo* (Soledad), *El Eco del Torbes* (San Cristóbal).
 - 22 “Milicia”. *El Venezolano*. Caracas, 29 de noviembre de 1842, p. 3.
 - 23 “Tumulto”. *La Oposición*. Caracas, 28 de febrero de 1844, pp. 2-3.
 - 24 *Autobiografía del General José Antonio Páez*, New York, Hallet y Breen, 1869, p. 393.
 - 25 “Un hecho y algunos pensamientos”. *Los Ayes del Pueblo*. Caracas, 28 de febrero de 1844.
 - 26 *Autobiografía del General José Antonio Páez*, p. 394.
 - 27 Estos datos son precisados a la vuelta de revisar todos los periódicos mencionados en la nota 20, y especialmente *El Venezolano*, *El Republicano* y *El Patriota*, así como lo hallado en la CDGB.
 - 28 “Pobre pueblo”. *Diario de la Tarde*. Petare, 27 de junio de 1846.
 - 29 “Ley de Tumultos”. *El Patriota*. Caracas, 30 de marzo de 1846, p. 2.
 - 30 Citado así por R. Díaz Sánchez, *Ob. cit.*, tomo I, p. 250.
 - 31 Declaración de Merced Sutil de Rodríguez en el juicio a Antonio Leocadio Guzmán, 17 de septiembre de 1846, *Causa Célebre*, *Ob. cit.*, tomo I, p. 46. Todos los detalles de estos sucesos pueden leerse en los tomos de esta publicación, que recoge el juicio completo.
 - 32 Documento que describe la captura, firmado por Juan Vicente González, *Causa Célebre*, *Ob. cit.*, tomo I, p. 179.
 - 33 Última defensa de Guzmán, *Causa Célebre*, *Ob. cit.*, tomo V, pp. 29-30.
 - 34 El decreto en AGN, Interior y Justicia, tomo CCCXLIX, “Decreto de 2 de junio conmutando la pena del último suplicio impuesta al reo de conspiración de 1ª clase Antonio Leocadio Guzmán en la de extrañamiento perpetuo del territorio de la república”, 1847.

- 35 R. Díaz Sánchez, *Ob. cit.*, tomo I, p. 295; H. Mujica, *Ob. cit.*, p. 117.
- 36 Ramón Goiticoa a Guzmán, La Guaira, 25 de enero de 1848, CDGB, Caja N° 14, enero-abril 1848.
- 37 Varios autores a Guzmán, Caracas, 15 de febrero de 1847, CDGB, Caja N°14, enero-abril 1848.
- 38 Hallamos información sobre su cargo como Cónsul en la carta que M. Romero le escribió desde Aruba el 26 de febrero de 1848: “Predije a U que se despacharía a su favor el nombramiento de Cónsul de Venezuela en Curazao y lo ha visto U cumplido” (CDGB, Caja N°14, enero-abril 1848). Sobre su arribo a Caracas a espaldas de sus compañeros, hallamos otros manuscritos. Por ejemplo, Antonio Pérez de Velasco le decía el 7 de abril desde Caracas: “He sabido que U ha tenido el gusto de entrar en Caracas triunfando de las muy negras pasiones oligarcas (...) Siento que U haya llegado cuando ya los patriotas han dado principio a sus divisiones acostumbradas, y que pueden, o deben hacernos perder las ventajas ganadas para la libertad general”. (CDGB, Caja N°14, enero-abril 1848). José E. Morales, desde Mérida, señalaba el 8 de junio que “Escribí a U una larga carta a Caracas en el concepto de estar U allí, pero me han dicho que U marcha a reunirse al General Monagas”. (CDGB, Caja N°15, mayo-junio 1848).
- 39 A. L. Guzmán. *Datos Históricos Sur-Americanos*. Bruxelles, Typographie Ve CH. Vanderauwera Imprimeur-Éditeur, 1880, p. 151.
- 40 *Datos Históricos Sur-Americanos*, p. 165.
- 41 Juan Crisóstomo Hurtado a Guzmán, Caracas, 3 de agosto de 1848, CDGB, Caja N° 16, julio-agosto 1848.